

## V A R I A

### NOTAS DE UN ROMERO EN LA BEATIFICACION DEL PROFESOR CONTARDO FERRINI

Difícil te será, lector, encontrar entre las páginas, ya abundantísimas, del ANUARIO DE HISTORIA DEL DERECHO ESPAÑOL, alguna que pueda competir en hondura con estas que ahora tienes ante ti. No, ciertamente, por el mérito de quien las redacta, ni tampoco por el valor científico que encierran. Tienes ante tus ojos una crónica sencilla del homenaje a un sencillo profesor universitario. Pero dentro de esa doble sencillez resplandece algo que trasciende lo simplemente humano. En el homenaje que aquí se narra hay un *quid divinum* que todo lo sobrenaturaliza y eleva.

Aunque nosotros tracemos rasgos biográficos será hagiografía lo que resulte, y aunque pretendamos hacer una simple crónica nos resultará un himno de alabanza; un laude, que surgido en honor de Contardo Ferrini, se transmuta inevitablemente en un maravilloso *Te Deum laudamus*.

No temas dedicar unos minutos a estas páginas que, aun cuando atañen a un investigador, a un romanista insigne, no se refieren propiamente a su tarea científica sino a su quehacer humano. Entreverás aquí más bien al hombre que al científico. Y aunque tú también seas investigador, acuciado por la sublime curiosidad de hallar lo verdadero, eres ante todo hombre y nada de lo humano te lo puedes reputar ajeno.

Acompáñanos, pues, en esta breve excursión a unos cuantos lugares de Roma, desde el luminoso domingo 13 de abril hasta el martes siguiente, del año de gracia de 1947.

Excusa la impericia del guía que sólo pretende conducirte a la presencia de los acontecimientos. Las cosas y los hechos tienen su voz silenciosa y elocuente, y tú, como historiador, la sabes escuchar a maravilla.

Vamos a presenciar la exaltación de Contardo Ferrini, catedrático de Derecho romano y terciario franciscano, muerto aun no hace cuarenta y cinco años, cuando sólo contaba cuarenta y tres de su edad. Vamos a presenciar la exaltación de las virtudes de un sencillo universitario, profundamente humano, entregado con fidelidad a la investigación y a la docencia, camarada cordial, apasionado alpinista, transitoriamente dado a la política y permanentemente entregado

a la alabanza de Dios. Un hombre tan cercano a nosotros, que aún viven y enseñan en la Universidad sus amigos y discípulos; que se desenvolvió en un ambiente universitario, en gran parte inmutado todavía.

*Domingo, 13 de abril. Dominica «in albis» de 1947.*

Contardo Ferrini va a explicar una póstuma lección extraordinaria desde una desacostumbrada cátedra: desde la gloria del Bernini, en la Basílica vaticana.

El acontecimiento va a comenzar a las diez en punto de la mañana, y atravesando, presurosos, la inacabable plaza de San Pedro, vamos llegando los oyentes. El aula es inmensa; la cristiandad no tiene templo mayor. Pero la expectación por escuchar al maestro es también extraordinaria, y una multitud ávida de aprender lo llena todo.

Cuando hemos pasado las cancelas de San Pedro, sobre la puerta principal que da acceso al interior de la basílica, un gran cuadro nos muestra la efigie del profesor Ferrini. Lo vemos en una estancia de la Biblioteca Ambrosiana, sobre un fondo de estantes llenos de libros. Permanece de pie, vestido con una de aquellas levitas que usaban nuestros padres, y tiene un libro abierto en sus manos: la Sagrada Biblia; aquel libro que Ferrini, cuando aún era un estudiante de bachillerato, quiso leer en la lengua de su original redacción y para ello aprendió la lengua hebrea. Sentado a su izquierda, con la mirada fija en un volumen que descansa sobre sus rodillas, ya de avanzada edad, el abate Ceriani, prefecto de la Ambrosiana y doctísimo orientalista que, ganado por la atrevida pretensión del joven Ferrini, no sólo le enseñó el hebreo, sino también el sirio y nociones del sánscrito y del copto. A la derecha de Ferrini, de pie como él y, como él, con un volumen, pero cerrado, otro sacerdote más joven, Mons. Aquiles Ratti, bibliotecario de la Ambrosiana, gran investigador y gran alpinista, como Ferrini, el cordial amigo que, convertido en Pío XI, tuvo luego la satisfacción de ser él mismo quien proclamara las heroicas virtudes de su camarada para declararle Venerable siervo de Dios. En un segundo plano, de pie entre Ferrini y Mons. Ceriani, el joven sacerdote y bibliotecario Juan Mercati, colaborador de Ferrini en la edición del *Tipucito* y hoy Cardenal Archivero del Sacro Colegio.

Pasemos la puerta para buscar nuestra tribuna y acomodo. Se halla junto a la estatua de bronce de San Pedro, la del pie desgastado por los ósculos devotos de los fieles. Estamos, en verdad, demasiado lejos del altar de la Cátedra, situado en el fondo de la nave central de la basílica, donde se celebrará la ceremonia. Si hay ocasión ya buscaremos mejor sitio.

Desde aquí podemos contemplar dos grandes cuadros colocados en los choffanes de intersección de la nave con el crucero. Representan los dos milagros que, realizados por intercesión de Contardo Ferrini, han servido para su beatificación.

Uno de los cuadros recoge el momento en que el joven Luis Valentini, enfermo de mal de Pott y paralítico, abandona, estupefacto, el lecho el 14 de agosto.

to de 1925, recobrada la salud por la invocación a Contardo Ferrini, cuando ya los médicos habían desechado toda esperanza de salud.

El otro ofrece la escena del accidente sufrido por el niño de catorce años Eduardo Grametti que, jugando, el 23 de julio de 1921, en el patio de la parroquia de San Luis, de Milán, se fracturó la base del cráneo y recobró la salud en muy contados días, durante los que se hizo una peregrinación al sepulcro de Ferrini y una oración insistente y fervorosa.

La basílica está llena de un público variadísimo. Allá, junto al altar de la Cátedra, desde el crucero hasta el fondo de la nave central, que de por sí constituye un templo de grandes proporciones, se hallan los altos dignatarios eclesiásticos, Arzobispos y Obispos, el Ministro de Instrucción Pública de Italia, Cuerpo Diplomático, numerosas representaciones de las Universidades italianas y extranjeras, el Claustro en pleno de la Universidad Católica del Sagrado Corazón de Milán, miembros de *Pax Romana*, la organización internacional de universitarios católicos, que ha hecho coincidir su Congreso con estos actos; los familiares de Contardo Ferrini...

Pero entre todos ellos, uno solo está allí dando testimonio vivo de la gloria y poder del profesor Ferrini: un sacerdote, que frisa en los cuarenta, el reverendo don Eduardo Grametti, párroco de Viggiano y canónigo menor de Milán, el mismo que hace cinco lustros se fracturó la base del cráneo en la parroquia milanesa de San Luis.

En el resto de la basílica, una multitud inmensa de peregrinos, llegados tanto de Sicilia como de Lombardía; lo mismo la devota mujer que el intelectual y el *contadino*; congresistas de *Pax Romana*, catedráticos, profesionales y estudiantes de cualquier finisterre imaginable.

Han sonado las diez y ha terminado el canto de Nona. El Cabildo vaticano entra procesionalmente por la nave central, presidido por la figura mayestática y recogida del Cardenal Tedeschini, el antiguo Nuncio en España. Ocupan su puesto *a cornu epistolae*, mientras los Cardenales componentes de la Sagrada Congregación de Ritos —Salotti, Verde, Schuster, Rossi, Masella y Canali— toman asiento *a cornu Evangelii*. En otros lugares, los demás miembros de la Sagrada Congregación y el Promotor general de la Fe.

Un canónigo vaticano, desde una pequeña tribuna en el lado de la epístola, da lectura al breve apostólico en que Su Santidad Pío XII, recordando los puntos culminantes de la vida de Contardo Ferrini, la heroicidad de sus virtudes y la autenticidad de sus milagros, le declara comprendido en el número de los Beatos. Ha terminado, y todos los asistentes se ponen en pie. El Obispo de Aquila, revestido de capa pluvial, entona el *Te Deum*, que la Capilla Julia canta en admirable polifonía, mientras en el altar es colocada una reliquia del nuevo Beato, y allá en la altura se descorre, rápida y sonora, atrayendo la mirada de todos, la cortina que ocultaba la efigie del bienaventurado profesor en la gloria del Bernini. Allí se nos muestra el Beato Contardo como una excepción entre



las legiones de santos, vestido con su indumentaria seglar de comienzos de siglo, arrodillado en las nubes y con un crucifijo en las manos.

Simultáneamente, en el balcón central de la basílica se despliega, sobre la plaza de San Pedro, un tapiz que representa a Ferrini con toga académica, y al pie esta promesa: *Qui docti fuerint fulgebunt.*

Ha concluído el canto del *Te Deum*, y ahora resuena la voz del oficiante invocando, con *Oremus* especial, al nuevo Beato. Comienza la solemne Misa de Pontifical.

Como los asistentes más alejados apenas divisan el altar, la multitud, poco a poco, se va reuniendo y estrechando bajo la gigantesca cúpula de Miguel Angel, para seguir más de cerca la ceremonia. Ha llegado el momento de buscar mejor acomodo, más allá del altar pontificio. Así, ocupando los huecos que dejan libres quienes no pueden soportar ya aquella aglomeración, vamos adelantando casi hasta el límite del crucero, para seguir el Santo Sacrificio, que termina muy cerca del mediodía.

Ahora la plaza de San Pedro, fulgente de primavera latina, se convierte en un hervidero humano, conforme van saliendo los asistentes. Por una y otra parte se venden biografías del nuevo Beato. Adquirimos la de Constantino Caminada, *Contardo Ferrini, Santo d'oggi*, y en su primera página, como señalando con piedra blanca una jornada de nuestra vida, escribimos bajo nuestro nombre: *En la Plaza de San Pedro. Dominica in Albis, 13 de abril de 1947. Día de la beatificación de Contardo Ferrini.*

\* \* \*

Mediada la tarde, otra vez la plaza de San Pedro se ve invadida por la multitud, que retorna a la basílica vaticana. Unos entran directamente por la puerta principal para ocupar un puesto semejante al que nosotros teníamos esta mañana. Ahora somos más afortunados: estaremos en una localidad preferente, cercana al altar, y hemos de entrar por la puerta de Santa Marta, atravesando patios y capillas. Para ello se nos va exigiendo, repetidamente, la invitación, pero con una perfección admirable somos conducidos a nuestro puesto.

El gentío es ya inmenso. Las representaciones oficiales están allí mismo, junto a nosotros. Van llegando Arzobispos, Obispos y Prelados; las Autoridades de la Ciudad del Vaticano, el Presidente del Consejo y el Ministro de Instrucción de Italia, los miembros del Cuerpo Diplomático y sus familiares, representantes de las Ordenes militares, Academias científicas, Claustros universitarios, representantes de *Pax Romana*, Ayuntamiento de Milán, del que fué concejal Ferrini, con su estandarte, llevado por gigantescos guardias urbanos; familiares del nuevo Beato. Mayor esplendor, si cabe, que esta mañana.

Entre los asistentes se halla Víctor Manuel Orlando, el famoso tratadista de

Derecho político y Ministro, compañero de Ferrini en la Universidad de Messina cuando ambos acababan de ganar su cátedra universitaria.

Muy pronto, en el cortejo de los Cardenales, veremos llegar a Su Eminencia el Cardenal Mercati, el colaborador de Ferrini en la publicación de los añosos textos del eterno Derecho de Roma.

Presidiendo el Claustro, como Rector Magnífico de la Universidad Católica de Milán, promotora de la beatificación de Contardo Ferrini, el incansable Padre Agustín Gemelli. No viste distintivo académico alguno; sólo lleva su humilde hábito franciscano. Quizá esté recordando aquellos días de sus estudios en la Facultad de Medicina de Pavía; aquellas jornadas de su fervor socialista, que le llevó a intervenir en la conmemoración tumultuosa del cincuentenario del Manifiesto Comunista; aquellas veces que él, materialista e incrédulo, asistía a la cátedra de Ferrini con el solo propósito de sonreír ante el extraño fenómeno de un profesor universitario, que todavía creía en Dios cuando iba a comenzar el siglo XX. ¡Con qué otro espíritu escuchará hoy la suprema lección del profesor Ferrini!

A todo lo largo de la nave central queda un amplio corredor; y a sus dos lados, las tribunas estallantes de fieles. Caballeros y dignatarios de la Corte pontificia circulan de un lado para otro a fin de atender a las altas personalidades que van llegando.

Son ya las seis de la tarde. Los trompeteros pontificios, con sus trompetas de plata, llenan la basílica con las notas triunfales de la marcha que anuncia la entrada de Su Santidad Pío XII en el templo. Estalla un rumor de alegría, y todo el mundo, en pie, busca con la mirada, en la entrada de la basílica, la figura del Pontífice. Se le ve venir desde el confín mismo de la iglesia, sentado en la silla gestatoria, como deslizándose suavemente sobre aquel mar de cabezas y de brazos aclamantes.

Su Santidad, con muceta y estola rojas sobre la impoluta blancura de su hábito, va respondiendo, gozoso y conmovido, a tales aclamaciones. Al repetir, con efusión incontenida, sobre los fieles, la señal de la cruz, no parece que los bendiga genéricamente: da la sensación de que pretende bendecir a todos y a cada uno en particular, *nominatim*; se desborda sin violencia sobre la misma silla gestatoria, como si quisiera abrazar a cada uno de los que bendice.

En el cortejo figuran el Capítulo Vaticano y el Sacro Colegio cardenalicio, los miembros de la Antecámara pontificia, la Guardia Noble y la Guardia Suiza, que lo precede y cierra.

Llegado el cortejo cerca del altar donde se halla la efigie del Beato Ferrini, Su Santidad desciende de la silla y, arrodillado, hace oración fervorosamente. La Capilla Julia entona un himno eucarístico y queda expuesto el Santísimo Sacramento, que el Santo Padre inciensa. Vuelve la Capilla a entonar sus loores en honor del nuevo Beato, y el oficiante invoca su protección con el *Oremus* propio. Resuena el *Tantum ergo*, y Mons. Bernareggi, Obispo auxiliar de Milán y de-

legado episcopal en la Universidad Católica, imparte la triple bendición con el Santísimo Sacramento, que queda reservado.

Ahora se acerca al Pontífice una comisión, constituida por el Postulador de la causa de beatificación, Mons. Anichini; los profesores Roberti y Biondi y el estudiante Franchi, de la Universidad Católica milanesa, y el P. Dezza. Rector de la Universidad Gregoriana y primo de Ferrini. Ofrecen a Su Santidad una reliquia del nuevo Beato, en bello relicario; una biografía de Contardo Ferrini, artísticamente encuadrada; estampas con su imagen y el tradicional ramo de flores, todo lo cual es recibido con viva complacencia por el Romano Pontífice.

Mientras tanto las personalidades asistentes son obsequiadas con biografías y estampas del nuevo Beato.

Otra vez se recoge Su Santidad en ferviente oración y de nuevo ocupa la silla gestatoria. La multitud vuelve a sus fervorosas aclamaciones. Cuando el cortejo se acerca a la capilla de la Piedad, por donde el Papa subirá al palacio vaticano, el entusiasmo crece de tal manera que Su Santidad ordena que vuelvan la silla y, puesto en pie, bendice por última vez al pueblo congregado en la basílica.

Todavía tendrá que asomarse por dos veces a una ventana de su biblioteca privada para dar satisfacción a los fieles, que le aclaman en la plaza de San Pedro.

El sol primaveral se mantiene aún en el horizonte. Por hoy ha terminado la lección del profesor Ferrini en el Aula magna del templo vaticano. Quiera Dios que sus enseñanzas fructifiquen en nuestros corazones.

*Lunes, 14 de abril.*

Los congresistas de *Pax Romana* vamos temprano a oír la Santa Misa a las catacumbas de Domitila, precisamente en el día que la Iglesia conmemora el martirio del intrépido apologista San Justino. El lugar y la figura resultan emotivamente evocadores.

También hoy, en la fiesta del Santo filósofo cristianizador del pensamiento griego, Pío XII exaltará, en pública audiencia, la figura del profesor recién beatificado.

Su Santidad pronunciará su discurso a media tarde, en la gran Sala de las Bendiciones del Vaticano.

Aún falta mucho tiempo cuando llegamos al portón de bronce del palacio apostólico, pero son ya muchos los que van subiendo la escalera. Confiamos, sin embargo, en ocupar un buen puesto donde escuchar al Papa. Mas conforme subimos la amplia escalera nuestras esperanzas se van oscureciendo.

La recepción estaba, quizá, prevista sólo para los universitarios; pero las peregrinaciones venidas de Milán, de Génova, de Pavía, de Plasencia, de Siracusa, de Novara —a cuya diócesis pertenece el pueblecito donde murió y reposa Con-



tardo Ferrini—, de Locarno; los terciarios franciscanos y capuchinos de Roma y del Lacio, los de Milán, es decir, muy cerca de 6.000 personas, asistirán también a la audiencia, y, más cautos y precavidos que nosotros, son muchísimos los que llenan ya la escalera pugnando por llegar al aula de las bendiciones.

Hay un buen rato de apretada espera. Cuando logramos entrar en la sala y, derrochando osadía y equilibrio, podemos encaramarnos en un hueco, estamos aún muy lejos del lugar que ocupará el Romano Pontífice. Nuestro avance resulta ya imposible y hay que resignarse a escuchar la voz del Papa en una postura bastante incómoda y con varios miles de personas por delante. Nos cabe un triple consuelo: que estaremos viendo al Pontífice mientras hable, que estamos cerca de un altavoz y que —*consolatio stultorum*—, detrás de nosotros, pueden contarse todavía muchos centenares de personas.

Son ya las seis y el Sumo Pontífice, en la silla gestatoria, escoltado por la Guardia Suiza, va atravesando la enorme sala, que corresponde exactamente a toda la fachada de la basílica vaticana. Los vítores atruenan este inmenso espacio, que resulta estrecho para tamaña multitud.

Su Santidad ocupa el sillón del trono que preside el aula, y con voz entera y gesto firme nos va mostrando la figura científica de Contardo Ferrini.

Pío XII, que tan bella y doctamente aborda los temas más diversos, habla ahora de una materia, el Derecho romano, que le es especialmente conocida y grata. No todos saben que la Universidad Católica de Wáshington, hace bastantes años, ofreció su cátedra de Derecho romano a Monseñor Pacelli, que no pudo aceptarla porque el Cardenal Gasparri no quiso prescindir de tan valioso colaborador en la tarea codificadora del Derecho canónico.

Delineada la figura de Ferrini como romanista, Su Santidad nos muestra las virtudes de aquel universitario que, desde el saber terreno, supo elevarse a la supereminente ciencia de la caridad de Cristo y nos propone a Ferrini como modelo para los hombres de estudio.

Ha terminado el discurso de Su Santidad, y las aclamaciones resuenan de nuevo atronadoras cuando Pío XII vuelve a la silla gestatoria. Mediada la travesía de la sala, la multitud se desborda en su entusiasmo y los guardias suizos se ven apurados para contener la avalancha. El Papa sonrío dulce y paternal. Su bendición, a uno y a otro lado, va como buscando la cabeza y el corazón de cuantos le contemplan a su paso.

*Martes, 15 de abril.*

Hemos llegado temprano a Grottaferrata para oír la Santa Misa en la famosa abadía de monjes basilianos. La riqueza litúrgica del rito griego nos rodea de un ambiente un tanto extraño para nosotros. Como en Emaús, la fracción del Pan nos hace reconocer a Cristo y nos identifica con El.

Después, en plácida excursión matinal, Castelgandolfo, el lago Albano, Rocca di Papa, Frascati, con bárbaras señales de la guerra; la Vía Apia...

Cuando retornamos a Roma son ya las cinco de la tarde y vamos directamente a la Pontificia Universidad Gregoriana. Está comenzando una solemne sesión académica en honor de Contardo Ferrini.

El gran patio central del edificio se halla convertido en aula magna. Lo preside la misma imagen de Ferrini, con toga académica, que vimos el día de la beatificación en la plaza de San Pedro. No queda un asiento vacío y muchísimos asistentes han de permanecer en pie.

En lugar de honor, dando frente a la imagen de Ferrini, varios Cardenales, representantes diplomáticos, autoridades civiles, Superiores generales de diversas Ordenes religiosas, representaciones universitarias y académicas.

En la tribuna, el P. Pablo Dezza, S. I., en quien coincide una doble representación: la científica y la familiar. El P. Dezza es Rector Magnífico de la Universidad Gregoriana y primo de Contardo Ferrini. Por eso nos expone, junto a los emocionados recuerdos familiares, la ejemplaridad de Ferrini como hombre universitario. ¿Qué hizo Ferrini para merecer el honor de los altares? El P. Dezza nos muestra, como respuesta, el perfecto equilibrio de facultades mantenido por Contardo, su firme profesión de fe, la elevación de su mente de estudioso estrechamente aliada con la más humilde sencillez, la pureza de costumbres, su vida de fervorosa oración, que resplandece especialmente en sus escritos religiosos, como salidos de un alma enamorada de Dios.

El P. Dezza anhela que el ejemplo de Contardo Ferrini suscite, entre los seculares de hoy, nuevos santos que sean fermento de la sociedad; que Ferrini sea verdadero patrono de los hombres de ciencia y de las Universidades.

Habla ahora el profesor Biondi, titular de la cátedra de Derecho romano en la Universidad Católica del Sagrado Corazón de Milán. Representa la voz de los romanistas en el homenaje al romanista santo.

Recuerda el profesor Biondi el gigantesco esfuerzo llevado a cabo por Ferrini hasta conseguir un espléndido florecimiento de los estudios de Derecho romano, decaídos en las Universidades italianas; la fecunda labor en el campo, casi inexplorado, del Derecho romano bizantino y en la historia del Derecho penal; la aportación, tan amplia como profunda, a los estudios romanísticos, que ha hecho de Ferrini el verdadero maestro de las modernas generaciones de romanistas de Italia y del mundo entero.

Por la Universidad Católica de Milán, promotora de la beatificación de Contardo Ferrini, habla su Rector Magnífico, Fray Agustín Gemelli.

¿Por qué es la Universidad Católica promotora de la beatificación? Porque el ideal que persigue es formar hombres, como lo fué Ferrini, que aúnen la primacía de la ciencia con la primacía de la virtud; hombres del mismo temple que un Toniolo, un Salvadori, un Necchi, un Moscati, o jóvenes como un Pedro Jorge Frassati.



Mas el P. Gemelli dice todo esto con una emoción que sólo cabe en quienes han vivido los hechos y han sido agonistas de las escenas narradas.

El objetivo inmediato de la Universidad milanesa —nos dice el P. Gemelli— es trasladar los restos de Contardo Ferrini desde el cementerio de Suna a la capilla de la Universidad Católica, al altar allí preparado, donde diariamente profesores y alumnos adoran al Santísimo Sacramento, para que por la intercesión de Ferrini comience un nuevo período de reconstrucción espiritual.

El acto académico debía haber terminado con las palabras del P. Gemelli, pero los circunstantes requieren cariñosamente a Víctor Manuel Orlando para que intervenga. Habla, pues, en nombre de los que convivieron con Ferrini.

Revive Orlando con gracejo las jornadas de alegre camaradería en la Universidad siciliana, pero se siente confuso al ver que el amigo de antaño, el camarada de trabajos y de chanzas, refulge hoy con la gloria de los santos y ante él acaba de postrarse el mismo Vicario de Cristo. ¿Qué cabe decir ante consideración semejante? Orlando lo resume todo en tres palabras y un gesto: «Encomendémonos a él»; señalaba a la imagen de Ferrini.

### *Epilogo abrileno.*

A Roma llegan mensajes de adhesión de las Universidades. De España lo envían el Decano de la Facultad de Derecho de Madrid y el Rector de la Universidad de Murcia.

De Roma se elevan peticiones a lo alto. En la iglesia de Aracoeli ha comenzado un triduo en honor del Beato Contardo Ferrini, «profesor universitario y terciario franciscano»; ciencia y sencillez aunadas. El día final, 19 de abril, predica el P. Dezza, Rector de la Gregoriana, y da la bendición con el Santísimo Sacramento el Cardenal Pizzardo, Prefecto de la Sagrada Congregación de Universidades. La ciencia y la santidad siguen mezcladas.

El 26 de abril culmina el epilogo. Contardo Ferrini que, buscando oraciones, quiso reposar en el rústico cementerio de Suna, al pie de sus Alpes tan amados, descansa desde ahora en la capilla de la Universidad Católica de Milán, una de cuyas cátedras deseaba cuando la Universidad no había nacido.

Tiene las oraciones y la cátedra. El signo de las plegarias, sin embargo, se ha cambiado. Ante su tumba no se irá ya a pedir *para* Ferrini, sino a pedir *por intermedio* de él. Serán las oraciones de los hombres de ciencia, de los jóvenes que sienten el anhelo de aprender, de todos los peregrinos del espíritu que vendrán a oírle a su nueva y esplendorosa cátedra, en su tumba transformada en altar.

Ferrini será el gran intercesor cerca de Dios para conseguir a los sabios de hoy la única y verdadera sabiduría: la sublime sabiduría de la humildad y de la caridad de Cristo.

ISIDORO MARTÍN